

José Ramón López



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La Alimentación y las razas



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—LA—

ALIMENTACION

Y LAS

—RAZAS—

—POR—

JOSE RAMON LOPEZ.



SANTIAGO DE CUBA.

Tipografía de Juan E. Ravelo .
Marina, baja, núm. 4.
1896.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La alimentación y las razas.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

La alimentación y las razas

POR

José Ramón López.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



SANTIAGO DE CUBA.

Tipografía de Juan E. Ravelo

Marina baja núm. 4.

1896.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Erratas principales

Página	Línea	Donde dice	Debe decir
10	8	de objeto de.....	de objeto
20	4	fácil de.....	fácil
20	22	acusó.....	acusa
29	7	obra el.....	obra al
31	8	que adoptan.....	que lo adoptan
31	10	al arco.....	el arco
33	23	ahorrarse.....	borrarse
44	12	más y.....	más corpulentas y
47	28	bastante los.....	bastante para los
49	2	multiplicando.....	multiplicándose
49	3	que echar.....	que puede echar
51	7	intervalos.....	intervalos
54	26	y antipatía.....	y la antipatía
58	11	ignorancia tienen.....	ignorancia no tienen
58	14	la económica.....	la influencia económica
60	10	tengan.....	tenga
62	14	una.....	unas
62	29	expresivas.....	excesivas

El artículo suscrito por el señor Lamarque, que sirve de prólogo á esta obra fué escrito para publicarse en el periódico *La Patria* de Santiago de Cuba. Por inadvertencia del corrector cambió las palabras *La Patria* por *este folleto*.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LICEO
DE
PUERTO PLATA.

Puerto Plata, Agosto 24 de 1896.

Señor don Juan E. Ravelo,
Ciudad.

Respetable señor:

El modesto y distinguido escritor don José Ramón López acaba de publicar en El Porvenir una serie de artículos con el título de La alimentación y las razas, artículos que, por la grande importancia social del asunto de que tratan, han llamado la atención de las personas inteligentes.

Esta sociedad, admiradora del referido trabajo, acordó unánimemente, en la sesión del 28 de Junio, que se publicara en forma de folleto, á fin de que tuviera mayor circulación.

Vd. que como visitador se hallaba presente en la sesión, llevado de su amor á las letras, del patriotismo que le caracteriza y del deseo de dar al Liceo una prueba de deferencia, tuvo la generosidad de hacerse cargo de la publicación del folleto, y de ofrecerle á la sociedad dos mil ejem-



VI

plares que Vd. mismo haría imprimir en su acreditado establecimiento tipográfico de Santiago de Cuba.

Estaría demás, señor, manifestarle á Vd. cuánto agradece este centro esa muestra de simpatía con que Vd. se ha dignado distinguirlo.

Y no dudando que Vd. hará efectiva su promesa, tiene á bien remitirle por mi órgano los artículos del señor López, y darle á Vd. de antemano las más expresivas gracias.

Saluda á Vd. con distinguida consideración.

EL PRESIDENTE,

I. Mella Brea.

EL SECRETARIO GENERAL,

Eugenio Polanco y Velázquez.





JOSE RAMON LOPEZ.

Tengo el honor de presentar á los lectores de este folleto el retrato de uno de los hombres más ilustres de la República Dominicana, al par que—seguramente—del más modesto de los dominicanos.

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ es uno de esos pocos escritores que convencen profundamente, y deleitan convenciendo. Su prosa es una galanura de estilo y buen decir: macisa, sólida, sustanciosa; lo que se llama prosa inglesa, sin la cansada difusión de la prosa de Spencer ni la monótona tenacidad de la de Smiles.

Un talento clarísimo, una erudición vastísima; una imaginación potentísima; y buen sentido, buena fé y honradez literarias—cualidades que muy rara vez se encuentran unidas—son lo distintivo en la personalidad literaria del Sr. López.

Tiene como nadie la facilidad asombrosa de desgranar las ideas, separarlas, clasificarlas, ordenarlas, y estamparlas, por decirlo así, en la imaginación de quien lo lee, que puede así fácilmente asistir al génesis y desarrollo de sus pensamientos.

El folleto que acaba de publicar en *El Porvenir*, y que editará D. Juan E. Ravelo—*La alimentación y las razas*—prueba plenamente estas afirmaciones. Después del segundo ó tercer Capítulo, se diría que ya no cabe decir nada nuevo ni mejor sobre el mismo tema que parece árido, académico y fastidioso. Nada más incierto. Cada Capítulo que sigue es una nueva fuente inagotable de amenidad y de erudición, y, sobre todo, de una sana honradez que emana constantemente de su bello escrito.

Tiene, sin embargo, el Sr. López un gran defecto—; todos los soles tienen manchas!—Y es el defecto de ser extremadamente modesto, una modestia natural y sincera. Y valga el distinguo, pues ya se sabe que hoy la modestia suele venderse adulterada como cualquiera mercancía, pues muchas veces la modestia no es más que una de tantas formas de la vanidad. Pero en López la modestia es tan sana y tan pura como sus escritos. Cuando lo retraté, no pude convencerlo de que debía mirar con altivez ó fruncir las cejas.



Creo que tenía pudor de que lo viera el objetivo de la máquina.

En la velada del 16 de Agosto en el Teatro Curiel gritábamos sus admiradores, es decir, todo el mundo: "¡El autor, el autor!"—después de la lectura de un trabajo suyo, bellissimo, poético, á pesar de lo prosaico del asunto—"De la utilidad y conveniencia del Cuerpo de Bomberos;"—y ameno hasta tal punto, que siendo larguísimo el escrito nos mantuvo en agradable suspenso hasta el fin. Tan valioso era el trabajo que en concurso público en toda la República, mereció ser premiado con Medalla de Oro, primer premio del Certamen. Pues bien, José Ramón López que ocupaba una luneta, después de atronadoras aclamaciones y llamadas del público, se levantó, como quien vence el peso de muy grandes contrariedades, se inclinó ligeramente, y se sentó de nuevo. No pudimos conseguir más. Esto pinta al hombre.

Pero lean ustedes el folleto. Tengo el convencimiento que me agradecerán el consejo, pues gozarán hondamente saboreando las jugosidades de su estilo encantador y admirando las bellezas de una prosa galana que va desenvolviéndose tan suave y naturalmente, como si no se pudiera—y no se puede, en efecto—escribirse de otra mejor manera.



El Sr. López es una muestra elocuente de la brillante pléyade literaria de esta hermosa República, donde abundan escritores tan notables como Manuel de J. Galván, Fernando A. de Meriño, José G. García, M. María Gauthier, J. Joaquín Pérez, Hipólito Billini, R. Deligne, Gregorio Billini, Gastón Deligne, César N. Pen-son, Augusto Franco Bidó, Federico Hen-riquez y Carvajal, Emiliano Tejera, M. A. Garrido, A. J. Montolío, Fidelio Des-pradel, Félix María Nolasco, hijo, Euge-nio Deschamps, Pedro María Archambault, Fabio F. Fiallo, F. García y Godoy y tantos y tantos otros que mantienen alto el pabellón literario y siempre encen-dida la pira sagrada de amor al arte y á las letras.

Pero no insisto más; que cuanto yo dijera sobre el Sr. López y su obra, no se-ría otra cosa que ajar la lozanía de su admirable folleto; quitar con mano áspera el aterciopelado polvillo del dorado raci-mo. Léanlo ustedes en la seguridad de no hallar en él una página inferior á otra, sino que *todo es mejor*.

LUIS LAMARQUE.

Puerto Plata, Agosto 25 de 1896.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



LA ALIMENTACION Y LAS RAZAS.

I

Desde que un pueblo comienza á contar entre sus virtudes la facultad de prescindir amenudo del alimento necesario, puede asegurarse que ha entrado en la decadencia. Todas las naciones tipo del semi barbarismo son sobrias en ese sentido de no comer lo suficiente, ni hacerlo con la regularidad que conviene. El marroquí vive con un puñado de dátiles, ó de arroz mal preparado, olvidando los tiempos de esplendor de su raza, é incapaz del esfuerzo necesario para renovarlos. El turco, que se enorgullece de subsistir con poco, permanece refractario á la civilización hace siglos, y no se mueve sino para retroceder perdiendo los territorios que conquistara cuando aun no había comenzado, con la privación sistemática, á aniquilarse el vigor de su organismo. El indio del Indostán, que se alimenta tan parcamente comenzó por perder la refinada civiliza-



ción que cultivó durante siglos, y acabó por dejarse subyugar de una compañía de comerciantes, sin que los 150.000.000 de pobladores pudiesen salvar al país de tan débil conquistador. La China, alimentada exclusivamente de arroz, se petrificó desde hace siglos, perdió la aptitud de salir de la rutina, y con 400 millones de habitantes es juguete de pequeñas expediciones ó sucumbe ante el esfuerzo del Japón que le es diez veces inferior en número.

En aquellas regiones de la Europa meridional, donde no es nutritiva, ó se verifica con irregularidad, la alimentación de las masas, estas han degenerado visiblemente, perdiendo el vigor y muchas de las facultades útiles que antes poseían. Varias provincias italianas sólo contribuyen á la emigración con un número vergonzosamente grande de pordioseros disfrazados de organistas de manubrio, de limpia-botas siempre sucios y de gente de moral dudosa, propensa al bandidaje y al asesinato. En los pueblos del Norte, tanto de Europa como de América, donde se come mucho y tres veces al día, la intelectualidad de los individuos se conserva en un promedio mucho más alto, haciendo capaz, al mayor número, de vigorosos esfuerzos mentales y musculares.

Desgraciadamente, en los pueblos latino-americanos se considera también virtud esa frugalidad mal entendida que consiste en rega-



tear al organismo la nutrición que necesita, ó proporcionársela con una irregularidad opuesta á todos los principios de la higiene. Hace muchas décadas que estos pueblos, especialmente el dominicano, por motivos que trataremos de señalar más adelante, comen menos de lo necesario, y esa es la causa más poderosa de la degeneración física y del apocamiento mental, en que vivimos. Á la par que se debilitó la fuerza de nuestros músculos, comenzó á cercenarse el tesoro de nuestras ideas, á hacerse más mezquino el horizonte de la imaginación de nuestras masas, incapacitadas, mientras no reformen su regimen alimenticio, de seguir el paso de las naciones progresistas; fatigadas en ese viaje incesante como el corcel á quien olvidara de dar pasto su jinete. Necesitamos un apóstol de la comida que venga á enseñar á comer á las gentes, y les predique que la civilización no la adquieren ni la conservan sino los pueblos que tienen una buena cocina.

II.

Es increíble lo poco que se come en nuestras ciudades. La frugalidad ha sido extremada hasta el punto de que la dieta de la generalidad es un régimen debilitante que enerva el organismo y lo deja á merced de todos



los gérmenes patogénicos, contra los cuales se encuentra completamente indefenso. Cualquiera enfermedad ligera se hace grave y pasada la primera juventud se convierte la existencia en una serie de achaques que inutilizan al individuo y hacen preferible la muerte como remedio único á tan tenaces y prolongadas miserias. Desde temprano hace presa en ellos la dispepsia con su implacable séquito de fenómenos dolorosos que expulsan la alegría y convierten el hogar en un infierno donde el mal humor, la cólera y el apocamiento dominan como estado de ánimo permanente.

En las ciudades, exceptuadas algunas familias, sólo se hace una comida medianamente nutritiva al día. El desayuno no se compone más que de una tacita de café con leche, pan y mantequilla, en cortas proporciones; y con ese alimento insuficiente van todos, letrados y obreros, á hacer recia tarea, desde las seis ó las siete de la mañana, hasta las doce ó la una, hora de un almuerzo que pocas veces se puede calificar de opíparo. Comunmente los platos son carne, plátanos, arroz y frijoles no muy abundante el primero, engañándose casi siempre el deseo con caldos espesados á fuerza de aluyamas, en los que entra como mínimo elemento la carne, cuyo excelente sabor nunca se percibe en ellos. Son aguas hervidas más ó menos inofensivas, pero con las cuales no se puede contar para nu-



trir á nadie. Al anochecer, después de una fatiga de cinco horas de trabajo el organismo rendido no alcanza más compensación que otra taza de café con leche ó de chocolate, con un panecillo y mantequilla de oleomargarina, cuyos elementos indigeribles irritan el estómago, en vez de alimentarlos. Todavía hay quienes atenúan esa dieta, trocando los líquidos de la mañana y de la tarde por infusiones de hoja de naranaja, ó de feregosa, ó gengibre, de manera que la comida escasa del mediodía queda como un sanwich entre dos medicamentos. Considérese á qué estado de empobrecimiento no se reducirá el individuo sometido á ese régimen, y no será ya extraño encontrar tantas caras pálidas, tanta anemia, tantos cuerpos débiles y raquíticos, tantos seres degenerados, tristes retoños del godo y del etiope, razas vigorosas que bien alimentadas dan á la humanidad los ejemplares más fuertes y más desarrollados. No será ya extraña para el observador la multitud de ideas falsas, mórbidas, que germinan y se difunden entre el pueblo como fruto malsano de la planta en decadencia. A ese respecto, la mala alimentación nos cuesta mucho más que si viviéramos ahitos, porque no hay pueblos más pobres que los pobres en ideas sanas y claras. El pecado que recibe más severa penitencia es el de pensar mal, el de aconsejarse en el error, el de escojer voluntaria é involunta-



riamente el nivel más bajo del entendimiento humano, en vez de bregar por ponerse en el más alto. Y no puede radiar toda la luz que en sí tiene latente, no puede concebir con el acierto de que es susceptible, un cerebro extenuado por las privaciones, reducido á su más ínfima expresión por el semi ayuno perenne en que le mantienen. El alimento paga con creces el valor que en él se invierte. Es capital que como el maíz, da ciento por uno. Es cambiar la comida prosaica por la producción espiritual más sublime y más rica, transformación misteriosa y admirable que se verifica rápidamente en las entrañas.

Pero, la mayoría no quiere comprender aún ese negocio excelente de convertir comidas succulentas en ideas lucrativas, y por añadidura en cuerpos hermosos y robustos, teñidos de color delicado y saludable, aptos para amar, alegrarse, ser valientes y recoger en el mundo los infinitos placeres de que está sombreado, y que no más son accesibles á la inteligencia, la fuerza y la belleza, tres excelsas manifestaciones de un solo poder que únicamente se crea y se mantiene con la buena alimentación. A menudo se oye clamar contra los negociantes porque importan provisiones de calidad inferiorísima, malsanas y poco nutritivas casi todas. El cargo es injusto, sin embargo, y corresponde equitativamente al público, por-



que descontando personas que saben amarse y amar á los suyos, las demás se resisten á pagar alimentos buenos y solicitan los baratos como si fuera para surtir la mesa de sus más odiados enemigos. Ven en la alimentación una carga en lugar de considerarla como una bendición que nos prodiga placeres y beneficios; y creen que se puede engañar impunemente al estómago sustituyéndole lo que necesita por artículos inferiores que no le convienen. El se venga inflexiblemente condenando á sus defraudadores, como en los tremendos castigos bíblicos, á constante miseria física é intelectual de generación en generación hasta el aniquilamiento de la raza. En Puerto Plata se importa legítimo aceite de olivas, mantequilla danesa de leche pura, arroz de Carolina ó de Valencia, manteca de cerdo refinada; y esos artículos envejecen en los almacenes hasta que el dueño y poquísimos amigos los consuman, mientras que el pueblo, no satisfecho con la baratura del aceite de algodón, pide nocivas imitaciones de éste, mantequilla de oleomargarina casi rancia, arroz malísimo del Indostán, y manteca que de cerdo no tiene ni apariencia. Es un envenenamiento adrede con tósigos lentos pero seguros por desconocimiento de las más rudimentarias prescripciones de la higiene.

Esa nutrición escasa y perniciosa no repone



el gasto de combustión que se verifica sin cesar en el organismo, é instintivamente acude el individuo á recursos que amínoran esa renovación de sustancia indispensable para mantener la salud y el vigor, Por eso es que se toma tanto café en la República y tantas personas de la clase pobre se sienten irresistiblemente empujadas al uso de bebidas alcohólicas que no desearían si estuvieran bien alimentadas. Esos desgraciados cometen el mismo error en que incurriría el fabricante que por economía escatimara el combustible de sus máquinas. El gasto so reduciría un poco; pero, ¿en cuánto no bajaría también la producción?

Del empobrecimiento á que se reduce el organismo nace la prevención generalizada contra muchos alimentos sanos. Incapaz al fin de digerir bien el estómago debilitado, cualquier cosa lo enferma y el paciente acusa á aquellos de la culpa y los proscribde de su mesa, en vez de aumentar la cantidad. Así creen muchos que el guineo es venenoso si se toma ántes ó después de la leche, que el mamey mata, que el plátano con licor lleva á la eternidad á quien lo gusta; y toda indisposición tratan de curarla no comiendo y purgándose el dia que la sufren.

En los campos es peor, y en otro artículo nos ocuparemos de lo que en ello acontece á ese respecto.



III

La mala alimentación de nuestros campesinos es tal que con ser escasísimas y de clase inferior las provisiones que consumen, no es esto lo que más perjudica á su organismo. Lo que lo extenua y degenera especialmente es la irregularidad de la nutrición, los largos espacios que median entre sus comidas, verificadas ordinariamente, en casi todos los lugares una sola vez al día.

Alarma, al que piense en el porvenir de la nacionalidad, vivir una temporada en nuestros campos y presenciar las comidas de sus habitantes. Se pregunta uno, lleno de dolor, qué será en lo venidero de esta raza de ayunadores, hundidas en las tinieblas de su miseria física y moral, aproximándose más cada día á la animalidad, naciendo toda generación con menos vigor mental que su predecesora, reducida ya casi al instinto y no siempre al instinto bueno; nutriéndose apenas lo suficiente para mantener la vida vegetativa de los músculos. Amargas dudas se ofrecen respecto á la eficacia de las ideas para civilizar esta masa incapacitada por el hambre, y toda esperanza de regeneración se vuelve hácia el alimento, porque el camino de la cabeza en las razas exhaustas va por el estómago y hay que fabricarles antes la cocina que la escuela,



ineptas como son ya para el esfuerzo mental complicado, constante y poderoso que exige la civilización presente. ¿Qué ideal de nacionalidad, qué ideal de raza podrá servir de faro en lo sucesivo á esa abrumadora mayoría rural que en cada generación abdica de un capítulo de la vida del espíritu? Retrocederá sin rumbo ni conciencia, falta de objeto de su vida nacional, arrastrándonos á todos en su miseria crónica, si los que aun tienen serenidad para prever el naufragio cercano, no reaccionan con todas sus fuerzas, no predicán con ardor otra higiene, otra vida que nos salve; si el poder civil, si el clero, si todos los ciudadanos hábiles para ello, no hacen activa propaganda de un derrotero mejor que el que seguimos.

La indiferencia con que ven nuestros campesinos su alimentación puede presumirse á la primera ojeada al interior de sus casas. Lo que está peor surtido es la mesa y la cocina. Mejor dicho ni siquiera tienen mesa, y casi nunca cocina. Son cosas supérfluas para ellos. Los cubiertos, las cucharas, los platos, los manteles son lujo escandaloso que no se encuentran más que en casa de algunos acomodados, para sacarlo á relucir únicamente cuando reciben visitas urbanas de importancia, servido y usado todo con la torpeza de quien no lo practica todos los días. Las pocas excepciones de este estado general que conocemos en el Norte del



Cibao, son los campos vecinos á Santiago, los de Sabaneta y Cabarete en Puerto Plata, y algunas zonas muy reducidas donde el habitante es persona de la ciudad. En esos lugares, el efecto de la buena alimentación es palpable. La producción de cada hombre es incomparablemente mayor que en los otros, y se vé mayor cultura, mayor bienestar, mayor belleza en la raza, que aparece como una casta aparte sobresaliendo de las que la rodean. En las demas regiones toda la batería de cocina se reduce á una paila y alguna marmita de latón, la totuma que sirve de tinaja y algunos hígüeros rajados, suplentas de platos y cucharas, en cuyos poros se conservan á maravilla fermentos y acideces de todos los alimentos que han contenido.

En Sosúa adentro, lo que se está comiendo ahora es batatas hervidas, una vez al día, aunque la tierra es fertilísima y hay gran abundancia de caza y de pesca. Esa pobre gente, sin conciencia del daño que se ocasiona, prefiere tan miserable dieta antes que hacer el pequeño esfuerzo necesario para cultivar conucos ó cazar ó pescar, de lo que retirarían abundante subsistencia. En los Ranchos abajo, pasado Estero Balsa sólo se alimentan en estos meses de calabazas. Un amigo nuestro, que viajaba por el camino que llaman de *afuera*, se detuvo en una casa á pedir agua. Toda la



familia le salió al encuentro, cada uno con una tajada de calabaza hervida en la mano. Pasaban de las tres de la tarde y era esa la única comida de las veinticuatro horas. "Y suerte que ha tenido usted," le dijo la madre. "¿Por qué?" preguntó el viajero. "Porque ya no queda más que una poquingua de agua, y hasta mañana no volveremos á tener." "Queda tan léjos?" "Si, cristiano, Para traerla hay que hacer un viaje de ocho horas, en animales, hasta el Yaque. Estos son muy malos lugares." "Y por qué viven aquí?" "Eh, cristiano, una se acostumbra." Y aquella abstinencia constante del alimento y del agua se reflejaba de la manera más desastrosa en la miseria del rancho, de las caras, de los vestidos que casi dejaban descubiertas á aquellas Venus flacas y sedativas, á aquellas vírgenes escuálidas sin abril ni quince años, que nacen, se crían y mueren marchitas.

En muchas casas sucede con frecuencia que pasan días sin probar ni aún esa comida solitaria, y luego, si encuentran un marranito, no tiene sal ni se ocupan de buscarla en el vecindario, de manera que en cuanto sacian el apetito canino que los devora, caen todos como atacados por el cólera. En los cortes de caoba apesar de que el trabajo es bien remunerado, los picadores entran el lúnes al monte para salir el sábadó, sin más provisiones que al-



gunas manos de plátanos, pocas libras de salazones extranjeras, café, melado, cuatro dedos de andullo y su botella de ron, todo por valor, cuando más, de tres pesos mejicanos. Eso sí, la labor es ruda, y después que entregan la madera, no vuelven á trabajar hasta que gastan el sobrante de la ganancia, compartiendo el tiempo entre la hamaca y los fandangos.

Y esa manera de morir de hambre no se limita á los campos distantes de la ciudad, sino que lo mismo sucede en los más cercanos. Las lavanderas que trabajan en los Mameyes salen en ayunas para el río y pasan todo el día en él, casi desnudas, recibiendo aplomo los rayos del sol y la evaporación tibia que se levanta de la corriente, sin más provisión que un arenque y un plátano que allí mismo asan y comen á la carrera, á la caída de la tarde, cuando tal vez han pasado la mayor parte del día salivando y debilitándose con la mascada de tabaco. Los peones de los ingenios escatiman cuanto pueden el alimento, viven casi como los camaleones, consumiendo un plato al día, á fin de que les sobre dinero con que emborracharse y jugar en las fiestas de fin de la semana. Y no es raro encontrar en las pulperías de los barrios algún campesino desmayándose, con los ojos en blanco, avaro ó haragán que no gasta ó no labora para su alimento y le ha rendido la caminata emprendida en ayunas.



En casi todos los casos el campesino prefiere á todas las carnes la de cerdo, y en las monterías destinadas á esa crianza vive únicamente de ella, comiéndola en la noche, al regreso del rodeo, que ha hecho en ayunas. Allí el mal se ha recrudecido, si cabe aumento en tan hondas miserias. No se ha limitado á la degeneración física y mental de la raza, á la abundancia de cretinos y microcéfalos, sino que se han hecho endémicas las enfermedades más repugnantes y se encuentran regiones enteras, en el camino del Cibao á Santo Domingo especialmente, donde ni una sola familia ha podido resistir la invasión del vergonzoso contagio, que los pacientes ven ya con indiferencia, como el estado más normal del mundo. Tanto es lo que han descendido en la escala intelectual.

El hambre se trasluce hasta en los hábitos contraídos por los animales domésticos. El perro campesino, á fuerza de compartir privaciones con su dueño, á fuerza de no oler carne todos los días, se ha hecho absolutamente omnívoro, come con fruición cáscaras de batatas crudas y no retrocede ni ante el sabor acre y penetrante de los ajos. Desdichado animal. Fiel hasta en la desgracia, consecuente hasta en el hambre y la degradación no deserta ni de los hogares en que no lumea el fogón todos los días! . . .



IV

No es que el campesino haya perdido completamente el apetito. Es que ha renunciado á casi todas sus necesidades, y en la mayoría de los casos por cada necesidad que se renuncia se pierde la facultad de satisfacerla. No es un ahorro, sino una privación lo que logra la pereza á que le induce la debilidad de ese cuerpo atenaceado por el hambre desde hace muchas generaciones. Quiere una vida dulce y fácil, y ópta por el sosiego de los irracionales montaraces, á que se ha habituado, sufriendo con resignación todos sus inconvenientes, antes que lanzarse á una perenne agitación laboriosa que su organismo decaído no podría resistir sin una preparación progresiva que le volviese de nuevo capaz de trabajar, no fugaz y efímeramente como lo hace cuando la necesidad imperiosa lo atosiga, para recaer con doblada persistencia en el ocio, sino con tesón y actividad todos los días.

Quien quiera convencerse de que el apetito del hombre del campo está contenido pero no extinguido, ofrézcale de comer gratis, ó empléele incluyendo en el salario el mantenimiento. Verá entonces cómo el mismo individuo que en su casa se resignaba á una sola comida de vegetales, devora insaciable á todas



horas cuanto le ponen por delante, como si de súbito le hubiese nacido solitaria.

A veces se hacen cargo las familias pudientes de la ciudad de niños campesinos, para el servicio doméstico. Llegan pánfilos, jipatos, atacados de los más extraños fenómenos de apetito y digestión, dando lugar al presagio de una muerte inevitable y cercana. Pero, pasan los meses, y el chico, sin médicos ni medicinas, echa carnes y colores y se restablece por completo. La cocinera es quien ha hecho el milagro, hartándolo mientras él refería con la boca llena las hambres consuetudinarias de su casa primitiva.

Tan saturados están casi todos los campesinos de esa costumbre de privaciones, que teniendo que comer no lo hacen, por no cerceñar nada á lo poco que poseen. Se echan la cuenta de que no existe, y mientras están con el vientre pegado al espinazo cacarean inmunes sus gallinas seguras de que no les retorcerán el pezcuezo sino cuando ocurra alguna visita de Inspector ó de Gobernador de Provincia, ó cuando las vendan en el pueblo para acudir con el producido á alguna orgía campestre. En otros campos, colonizados hace ya cien años, no se han ocupado todavía de sembrar un sólo árbol frutal.

Es cuestión de interés público de primer orden, de orden vital, sacudir al campesino de



la atonía en que ha caído. La riqueza nacional sufre incalculablemente con ese abandono de todas las necesidades de la vida civilizada. Con la población de hoy solamente, si el hombre del campo fuese tan laborioso y entendido en su industria como debería ser, la cifra de los valores nacionales aumentaría por lo menos diez veces su cuantía actual, pues de otro tanto carece cada hogar campestre para que la vida de la familia sea medianamente cómoda. Calcúlese todo lo que falta á un mal rancho para convertirse en una habitación abrigada é higiénica; todo el moviliario que se echa de menos en un bohío donde no hay más cama, ni más nada que barbacoas á lo largo de los setos; todos los vestidos que se necesitan para que los niños no anden completamente desnudos, y los adultos tan sucios y mal cubiertos; todo el calzado que requieren tantos piés á la intemperie; toda la provisión indispensable para hacer tres buenas comidas al día; calcúlese todo eso, y se verá que no exageramos suponiendo que cuando el campesino comprenda la vida civilizada y la acepte con sus ventajas y sus cargas, la riqueza nacional se multiplicará por diez en los primeros años, pues la fecundidad de nuestro suelo permite que su cultivo rinda bastante provecho para vivir en esa escala sin esfuerzo fatigoso. En los países de la zona templada, donde la fecundidad de la



tierra es menor que aquí, ó se ha agotado por completo, el trabajo inteligente de sus habitantes obtiene de ella suficientes productos para que se sostenga en el bienestar una población mucho mas densa que la nuestra.

La abstinencia del campesino, la pereza muscular y mental en que ella le ha sumido, no sólo reduce, como acabamos de anotar, la suma de la riqueza nacional, de producción y consumo susceptible de impuesto, sino que combinándose con las consecuencias de las guerras civiles merma la población de la República y su moralidad. En todo país nuevo y bien dotado por la Naturaleza, la población se duplica cada veinte ó veinticinco años, debido á la facilidad de la subsistencia, que hace tempranas y prolíficas las uniones conyugales. De manera que aquí, que en los levantamientos de los últimos diez años no han muerto ni quinientos hombres, se habría realizado la duplicación á no ser por el obstáculo que á la vez le ofrecieron la intranquilidad y el desbarajuste que origina cada conmoción política, y que hace aplazar á los individuos toda resolución trascendental, hasta que vuelven á hacerse completas las garantías; y la pereza perenne que retarda considerablemente la hora en que el hombre logra alistarse para contraer compromiso tan grave como el de la formación de una familia.



Por eso el campesino, que á veces comienza siendo incestuoso, á causa de la promiscuidad indecorosa, en que vive la familia y que despierta desde el amanecer de la existencia apetitos sensuales que el freno de la educación no contiene, acaba por contraer uniones ilegítimas y pasajeras, poco fecundas generalmente, cuyos frutos se malogran á menudo, no solo por la debilidad constitucional de los progenitores, sino también por el abandono ó el descuido en que deja el varón á la madre y al niño, á la hora en que necesitan más asíduas y eficaces atenciones.

Una fiesta, una borrachera de esas á que le induce con tanta frecuencia la escasez de nutrición de su organismo; cualquier cosa, es buen pretexto, para deshacer esas bados carnales que ni la ley ni la iglesia consagraron. En muchas localidades la inmoralidad es tan grande, que mientras todas las mujeres tienen hijos, aunque pocos, la mayor parte de los hombres no tienen ninguno, pues solo unos cuantos han vivido sucesivamente con todas aquellas, ejerciendo una especie de monopolio femenino, facilitado por los recursos de que disponen y la miseria de los otros, á la vez que por la falta de sanción social en esos lugares.



V

Cómo la raza conquistadora perdió, al arraigarse en Santo Domingo, la costumbre de comer lo suficiente para mantenerse sana y robusta, es fácil de presumirlo leyendo la historia de la isla, aunque nada dice expresamente á ese respecto. Los indios eran sobrado frugales. Lo demuestra la escasez de alimentos que había en nuestro territorio, donde casi todos los frutos nutritivos y los animales domésticos que ahora poseemos han sido importados después del descubrimiento. Lo demuestra la falta del hierro, que no permitía á los indígenas hacer desmontes considerables ni emprender ningún cultivo extenso. Lo demuestra la deficiencia de sus útiles de pesca y cacería, insuficientes para aprovechar todos los recursos que contienen nuestras costas y nuestros ríos; y la carencia de comercio interior y exterior, faltos de productos y de medios de transporte. Lo prueba la debilidad física é intelectual de todas las tribus que componían los diversos cacicazgos, y que acusó una alimentación escasa é irregular. Su entendimiento, inhábil para reflexiones profundas acogía como artículos de fé las patrañas más disparatadas; y era tan escaso el vigor de su organismo que ya solo soportaba la casi inacción de una vida ociosa, y sucumbía á poco tiempo de obligarlo



al trabajo, como está sucediendo hoy con las tribus errantes del Delta y las cabezadas del Orinoco. Las subsistencias debían ser tan escasas, cubierto el país de selva vírgen, que no se puede tachar menos que de absurdos los datos de los historiadores que atribuyeron á la isla una población aborígene de tres y hasta de ocho millones. No los puede contener Bélgica, nación de tamaño aproximado al de nuestro territorio y la que agota con más eficacia la potencia productora de su suelo y del ingenio de sus pobladores; de manera que para admitir que hubiese tantos en la isla sería preciso suponerles antes condiciones parasitarias, figurárselos alimentándose de la humedad y del aire, pues ningún país puede contener mayor número de gente que el proporcionado á las subsistencias de que dispone. Los historiadores de siglos pasados eran poco concienzudos en materia de números. En la historia de Grecia leemos que Jerjes atravesó el mar é invadió con un ejército de tres millones de soldados. Los que hayan visto cuántos enormes vapores se requieren para el transporte de algunos miles de hombres; cuántos trenes de ferrocarril se necesitaban diariamente para aprovisionar los cuerpos del ejército alemán en la guerra franco-prusiana; y sobre todo qué suma de cientos de millares de hombres debían estar trabajando y produciendo



con poderosas máquinas para cubrir todas las necesidades de los beligerantes, comprenderán que con los medios rudimentarios de la antigüedad aquellas cifras eran imposibles y es preciso borrarles algunos ceros antes de entrar en discusión.

Pero, volvamos al tema. Todos los pueblos conquistados imponen al conquistador algunas de sus costumbres, sobre todo las que nacen de las condiciones especiales del país. Escasos como eran los alimentos, los españoles hubieron de ceñirse pronto á la frugalidad y á la larga intermitencia en las comidas, que veían practicar á los indígenas; más cuando amenudo salían á expedicionar en despoblado y tardaron muchos años en multiplicarse considerablemente los ganados y las semillas nutritivas que desde el segundo viaje trajeron de Europa. Por añadidura, el clima los enfermaba y predisponía á reducir la comida, hasta que estuviesen aclimatados; y al verificarse los éxodos al continente y quedar la isla con poca población de blancos, y casi privada de tráfico con el resto del mundo imperaban en la medicina absurdas ideas de ayunos, sangrías y purgantes, que á causa del aislamiento en que vivíamos no pudieron ser rectificadas á medida que avanzaba la ciencia, y permanecen arraigadas en la población, como panacea para todos los males.



A esto se agrega la guerra permanente con piratas, ingleses y franceses que periódicamente interrumpía las costumbres y el método de las familias ahuyentadas de los hogares, y relajaba el orden y la organización establecidas. Cuando terminaba cada una de esas luchas, ni quedaban á las familias recursos con qué montar sus casas sobre el mismo pié de bienestar que antes, ni conservaban para ello la fuerza del hábito, perdido en los angustiosos días de zozobra y de escaseces.

Otro factor inocente del sistema de privación en que vivimos, fué el vigor del esclavo negro. El poder de resistencia del musculoso etiope animaba á los amos á reducirle las raciones, á sacar de él en los campos el mayor provecho con el menor gasto posible, y cuando el siervo redimido se fundió étnica y civilmente con el resto de la población influyó á su vez en que perduraran esas costumbres que le habían impuesto.

Y entretanto, la raza iba degenerando, perdiendo en tamaño, en vigor físico, en potencia mental. Cuando se realizó la independencia ya habíamos perdido mucho, y las guerras, que antes de esa época habían sido concausa de la degeneración, vinieron á ser posteriormente efecto de ella. Con frecuencia se cae en ese círculo vicioso, y desaparecida una causa, el efecto que de ella nació vuelve á



producirla en toda su intensidad, para ser á su vez reproducido por ella. El estado de guerra permanente, con sus privaciones, sus brutalidades, su refractarismo á la buena crianza, contribuyó á la degeneración intelectual y ésta creó campo propicio á las revueltas, haciendo frecuentes las ocasiones de rompimientos y destituyendo á los hombres de la serenidad y del cálculo necesario para abstenerse de los medios violentos cuando no es la cuestión de vida ó muerte y queda por agotar siquiera uno de conciliación ó avenimiento.

Nada es tan poderoso para inveterar hábitos brutales y de privación como la guerra convertida en estado permanente. La ociosidad á que obliga á una gran parte de los habitantes, de forzada que era al principio á la larga se hace voluntaria. La riqueza destruída ó dejada de producir, amengua lo que á cada uno corresponde de la totalidad de los recursos con que el país contaba; y la frecuencia del espectáculo de la muerte y del pillaje relaja los lazos de la moral, acrece el número de malhechores y acostumbra á los demás á no mirar con mucho horror el crimen. Al fin de la contienda, el habitante se ha vuelto un haragán empobrecido y tal vez delincuente, que será padre de pícaros y abuelo de brutos, si no se modifican enérgicamente las circunstancias que lo impulsaron al descenso.



VI

Dicen algunos, fijándose únicamente en la superficie de las cosas, que el campesino no come con regularidad por que su trabajo es mal retribuído. En efecto, los salarios son muy cortos en el campo. Lo más que pagan por día á un bracero en las fincas de caña es un peso mejicano, equivalente á cincuenta centavos oro, sin incluir la comida. En los Ranchos, los jornales están limitados ahora á medio peso mejicano; y hacia el Este del Distrito de Puerto Plata hay localidades donde los hombres trabajan todo un día por treinta centavos, agregándosele á veces, por conmiseración del amo, una ración de batatas, que sancochan á mediodía.

Tal paga, es preciso confesarlo, no da para comidas suculentas. Algunos braceros han dejado en el bohío mujer, hijos, familia numerosa que no espera más nutrición que la que puede obtenerse con el jornal del padre; y allí donde los alimentos son caros, porque se ha abandonado el cultivo de los conucos, y las carnes son salazones traídas de millares de millas de distancia, no se va muy lejos con treinta centavos diarios. El hambre es fatal, inevitable como una ley física, en esas condiciones. Ni aun á los solteros les alcanza para comer bien, apesar de las baraturas y recursos



del celibato en una vida rudimentaria, exenta de obligaciones sociales.

No hay ahorros, no hay sobrantes posibles en esos hogares tristes, misérrimos donde á veces llega la noche sin que todavía se haya encendido la candela. Aun las necesidades más bestiales quedan á medio cubrir, y los desgraciados, fiijo el deseo en la satisfacción del hambre, no ven más ideal que acallarla, ni flota otro pensamiento en el horizonte, cada vez más estrecho, de sus ideas. Llegan á olvidar, á ignorar todo las demás. Una mala pitanza es el desideratum de su vida. El vestido, una exigencia del pudor, que sólo comienza á llenarse en la edad pueril, prescindiendo de la decencia y del buen gusto, y á veces del pudor mismo. El calzado, un refinamiento que se mira como la aureola luminosa de los santos: como cosa que jamás ha de obtenerse. Y en la casa, una ausencia absoluta de todo cuanto, mueble ó instrumento, hace grata la existencia ó evita molestias y fatigas, abreviando los trabajos.

La carencia de medios, con jornales tan reducidos; la pérdida lenta pero completa del gusto por todos los goces y funciones que no sean meramente físicas, lo acerca cada vez más á la naturaleza primitiva, á la condición inconsciente de lo que nace y muere sin saber por qué ni para qué, sin luchar eficazmente por la conservación y el mejoramiento de esa



vida de que disfruta sin comprenderla. La fuerza intelectual creadora se le ha atrofiado á medida del empobrecimiento físico y no encuentra en su cerebro, ni aun en los días más sombríos, la idea que ha de ponerle en el camino de la regeneración, redimiéndolo de tantas miserias. Si se enferma, no llama almédico, ni va al hospital, sino que recurre al yerbatero ó al brujo, á no ser que vea su salud con indolencia de filósofo cínico y no dé un paso para recobrarla. Tiene un temor supersticioso á toda medicina científica. En viniendo el medicamento de la farmacia lo cree veneno sin antídoto que tarde ó temprano ha de sumirle en la tumba; y del modo que las familias urbanas se amparan de lo sobrenatural como el náufrago de una paja, cuando el médico ha desahuciado á su enfermo, el campesino, invirtiendo el orden de las cosas, sólo vá donde el galeno cuando los charlatanes silvestres se retiran de en torno al lecho del paciente que agoniza. Muchos descuidan tanto el aseó personal que aunque se establecen á orillas de los ríos, despiden permanentemente el olor peculiar de las majadas. El tanto por ciento de la mortalidad sube desproporcionadamente con ese sistema, sobre todo en los niños, y se acorta perniciosamente para la colectividad social el promedio de la vida humana, anticipándose la vejez de una manera inutiliza-



dora en los casos aislados de longevidad que citan los que quieren hacerse ilusiones sobre el estado actual de nuestra raza.

Donde mejor ha resistido ella la influencia del método desastroso del ayuno y de los malos hábitos que obliga á contraer, es en las altiplanicies de las cordilleras, donde debería agruparse preferentemente nuestra población. El aire puro de las montañas, que enriquece los glóbulos rojos de la sangre; la frescura del clima, que da robustez al organismo en vez de desgastarlo como lo hace el calor enervante de la costa, ha conservado á los que habitan esas encantadoras y salubres mesetas el vigor y los caracteres originales de la raza. A menudo se ve entre ellos hombres de seis pies de estatura, anchos, musculosos, con hábitos arraigados de laboriosidad que les habilitan para atender modesta pero eficazmente á todas sus necesidades; y los tipos más hermosos de mujer campesina son los que encuentra el viajero tegiendo empleita en el umbral de esas casitas salpicadas en las eminencias, que decoran el campo como los paisajes de la Edad Media, con sus cumbres coronadas de pintorescos castillos.

Pero si los campesinos ganan jornales tan reducidos, la culpa sólo es de ellos, y no se debe acriminar en nada á los empresarios. En ninguna parte pueden éstos fijar la cuantía de



los salarios. Ella depende de la suma de trabajo que haya en el país relacionada á la de los brazos que han de ejecutarlo. Si el trabajo es poco y muchos los brazos, claro está que éstos, disputándose aquél, harán bajar, en la competencia, el salario que se les pague por la obra el minimum compatible con el precio de los alimentos. Lo contrario sucedería si abundando el trabajo, escasearan los brazos: el empresario tendría que ofrecer grandes alicientes, salarios crecidos al máximo para atraer al jornalero, disputandoselo á los otros empresarios.

Ahora bien, á discreción del campesino está el aumentar la suma de trabajo existente en el país. Dispone de tierras laborables, fertilísimas, y si se decidiera á trabajarlas constantemente, si tuviera la iniciativa y la laboriosidad mediocre de que debe estar dotada la mayoría de la gente, dejaría de ser jornalero, peón de oficio, para abrazar la profesión de agricultor y ser de una vez dueño y empresario. El cultivo de un conuco produce mucho más que los salarios que actualmente se pagan á los jornaleros rurales, y aun cuando al principio se produjeran sobrantes que no pudiera colocar el campesino en su forma primitiva en los mercados, no tan sólo estaría mejor que hoy, pues tendría bien provista su despensa sin necesidad de comprar la provisión á los ten-



deros ó al vecino, sino que podría venderlos en otra forma, trocándolos por carne y grasa con la cría bajo cerca de algunos animales domésticos.

De esa manera el campesino no sería sino peón accidental. No quedarían brazos desocupados para alquilarse á los empresarios sino en los intervalos de descanso que les dejaran sus propios conucos, ó cuando fuese tan liviana la atención que requiriesen, que pudiera dejarlo á cargo de la mujer y de los niños. Al separarse entonces de su campo, de las faenas productivas de su casa, iría á ganar un salario crecido que tendrían que ofrecerle los empresarios á cambio de su trabajo, mientras el sol le dorara las espigas y le hinchara los succulentos tubérculos de nuestra zona que reventan la tierra con la fuerza de su próspera maduración.

VII

Los rasgos principales que la degeneración ha impreso en el carácter de los campesinos son: la imprevisión, la violencia y la doblez. Son rasgos conexos que mantienen entre sí relación muy apretada, pues el motivo que los origina nunca los produce sólo, sino simultáneamente. Toda causa, por lo general, no se limita á producir un efecto, sino una serie



completa de efectos que unos á otros se apoyan y se agrandan. Cada estado del hombre ó de la sociedad tiene su moral diversa de los demás. Son muy variadas estas gradaciones en que se va colocando el individuo á medida que asciende ó que baja en la escala intelectual. Así, el estado de virtud establece y practica entre los que adoptan un sistema acorde por todos lados, de honradez, labor, bondad, cultivo del espíritu, pues se derrumbaría como al arco al cual le arrancaran la piedra maestra, si faltase siquiera uno de esos principios que de él emanan naturalmente y forman su esencia y la simetría que lo mantiene en pie. El estado de simple laboriosidad coordina otra moral, útil también, aunque menos elevada que la otra; pero tan completa en sí como ella. La cualidad estimable para el individuo ó la sociedad que lo tengan por norma de sus afa- nes, es el trabajo en todas sus formas y pormenores: iniciativa, energía, actividad, inventiva, buena fé en los tratos. Y toda condición por refinada que sea, que no engrane en el sistema será mirada con indiferencia ó desconfianza, por su falta de utilidad ó sus perjuicios para el régimen á que la mayoría da la preferencia. El estado de pereza y de inferioridad mental engendra, naturalmente, una moral menos conveniente que las puestas por ejemplo, en la que se tolera ó se aplaude lo que en las



otras sería vicio ó condición vergonzosa y detestable. Porque en eso no hay eclecticismo posible Si se es perezoso, irremisiblemente se tiene que adolecer de todas las malas cualidades que componen la secuela de ese vicio. De él no pueden provenir nunca las dotes de espíritu que nacen de la laboriosidad, como no pueden nacer de la degeneración intelectual frutos que sólo rinde el cultivo de las inteligencias avanzadas.

La mala alimentación ha establecido en nuestros campos la moralidad que le es peculiar. Debilitó al hombre, le empobreció la fuerza cerebral, y ya en esos extremos, fue perezoso, efecto éste que corrobora la causa, pues inutiliza al campesino para destruirla, produciendo en abundancia el pan de cada día. Así es como tiende á perdurar todo orden de cosas, bueno ó vicioso: porque sus propias consecuencias le atrincheran todos los puntos vulnerables.

Degenerado en esa forma, no podía prescindir de ser imprevisor, porque la previsión es una sucesión de esfuerzos mentales bien dirigidos, de que no es susceptible un espíritu desprovisto de vigor y de conocimientos. No se puede ser previsor sino con conocimiento de causa; partiendo de mucho conocido á algo de lo porvenir, á fuerza de claro razonamiento. Los degenerados, los escasos de entendimiento



apenas pueden columbrar el presente, y como los malos jugadores, no ven ni combinan más allá de una jugada. Un carácter previsivo es don de hombres que no tan sólo tengan capacidad para pensar bien, si no además aspiraciones definidas y el deseo vehemente de realizarlas. Los únicos que pueden ser previsores son los que saben para qué están viviendo.

El otro rasgo característico, el de la violencia, es conexo con el anterior, como ya hemos dicho. Para un entendimiento perezoso é ignorante, razonar es trabajo recio y á veces imposible. En toda contradicción. preferirá siempre aniquilar al contrario antes que engolfarse en intrincada argumentación para convencerle. Así se acaba de una vez, y por medio más al alcance de sus facultades. Por otra parte, la idea de la justicia no es innata en el hombre, sino idea adquirida y mejorada según avanza en civilización. Mientras más nos acercamos á la naturaleza más se amortigua y desvanece hasta ahorrarse en los estados rudimentarios donde no se encuentra ni átomo de ella, sino el principio de vida y muerte, de lucha material por la existencia en su ansia más desenfrenada. La justicia es atributo de la civilización, de tal manera que no la encontramos organizada sino en los pueblos avanzados; y que cada desarrollo progresivo de ideas implica una reforma inmediata en la



legislación del país que lo disfruta. En los pueblos atrasados las cuestiones personales se resuelven casi siempre por el puñal ó el revólver, y las públicas en el campo de batalla; en tanto que donde florece la civilización funcionan para todos los casos los tribunales y los jurados de honor; los partidos llevan sus diferencias á los parlamentos y á la prensa; y los Estados se sustraen á los horrores de la guerra internacional sometiéndose voluntariamente al arbitraje. El hombre completamente ignorante no puede ser justo, aunque lo desee con entusiasmo, porque se necesita una suma muy variada de instrucción para conocer en los conflictos lo que corresponde á cada una de las partes. De ahí que tenga que ser violento y cortar arbitrariamente lo que sin ingenio no puede desatar. Por eso se bate á muerte por cualquier motivo: una mala mirada, una palabra descompuesta, una faja de tierra sin valor, un requiebro á una coqueta cimarrona. Y cuando el interés de la República y el particular suyo le exigen más calma y más comedimiento, sigue la bandera del primero que le embulla, y se va "á hacer patria", sin pensar en las atrocidades que le esperan emboscadas detrás de esa vaga y falsa expresión.

La doblez que hemos indicado como tercer rasgo saliente del carácter que se ha formado el campesino, responde á la inferioridad



en que coloca la degeneración intelectual al que la sufre, respecto á los que gozan de un entendimiento despejado. Es un homenaje á la superioridad agena, un temor constante de salir mal librado en todas sus relaciones. El instinto de conservación le advierte y le alerta de su propia debilidad y de la fuerza de los otros, y se previene contra ésta con la astucia, que es el arma á que siempre han acudido los débiles, y que se convierte en mala fé ingénita cuando la desconfianza es perenne y aconsejada por la ignorancia. Jamás da su verdadera opinión el campesino si la tiene. Parapetado en respuestas evasivas, en monosílabos de aprobación á cuanto se le dice, sin franqueza suficiente para rebatir á su interlocutor, sólo entre los que considera completamente iguales en procedencia y posición, se atreve á manifestar dudas, ó á burlarse de lo que no ha entendido en lo que oyó. "Sí, señor"; "justamente;" "eso debe ser"... Así responde á las más opuestas opiniones sobre el mismo asunto, á reserva de hacer luego lo que le convenga, violando la fe de lo que de esa manera ha prometido. Los hemos visto oír perorar largamente á un individuo, simular una atención desmedida, fingirse completamente convencidos, y luego salir diciéndose unos á otros: "hombre, qué cristiano tan caballo!" Hasta la propaganda se dificulta con ese disimulo y esa falta de va-



lor moral, que rehuye discusiones, imposibilitando la comprensión de las ideas que conviene difundir en esos campos. En los tratos sucede lo mismo, Teme que en la población le engañen en peso y precio, y "se desquita por adelantado," echándole piedras á la cera, casajo al café; humedad al andullo, para ennegrecerlo; agua á la leche, baños de corteza de caoba á las horquetas de cabina; poniéndoles tarugos á las piezas podridas; preparando mal el tabaco y el cacao para aumentar el peso; y haciendo cuanto puede por sacar ventajas, sin preveer jamás las represalias en que siempre ha de salir peor librado, cuando un régimen de buena fe no tardaría en convertirse en mutuo, facilitando á todos las transacciones y los beneficios honestos. En política tiene, como los pueblos semisalvajes á quienes las potencias excomulgan del derecho internacional, un sistema de interés personalísimo que no se cree ligado á ninguna promesa, y que autoriza á todo género de engaños y perfidias. En elecciones, en guerras, casi todos los jefes rurales se comprometen con ambos contendientes, reciben mercedes de ellos, les prestan por mitad su gente; y sólo se deciden formalmente por uno cuando ven al otro completamente perdido é inexplorable. En las guerras civiles nunca han tenido ideal de libertad, de reformas, ni siquiera de interés agrario, ó pecuario. Se han



lanzado á los peligros victoreando al jefe tal ó cual, en cuyo nombre se les hicieron promesas que rara vez se cumplen, sin que ello, por desgracia, llegue á escarmentarlos.

Esos tres rasgos del carácter de nuestros campesinos, que bastan para desesperar de una raza mientras no se extirpen por una reacción acertada, generan vicios secundarios, estrechamente unidos á ellos y que sólo son corregibles desapareciendo la causa inicial! La perezosa imprevisión hace al campesino jugador empedernido, pues no alcanza á imaginar otro alivio á su miseria, y se aferra al vicio que ha de agravarla. Las fiestas á que concurren asiduamente para arriesgar sus salarios, le ofrecen también oportunidad de desarrollar su propensión latente á la embriaguez; y la licencia de esos bailes en que se encuentran mujeres de todas condiciones acaba de quitar al sensualismo sus últimos escrúpulos, multiplicando ocasiones que ya de por sí son demasiado frecuentes en el campo. La violencia le convierte pronto en homicida, cuando no en asesino; y la doblez le cierra el camino á la prosperidad honrada, por el aislamiento y la desconfianza que riega en torno de él. Algunos pícaros, muy pocos, hacen fortuna, y eso no por la picardía, sino porque conservan ciertas condiciones apreciábles que se superponen á las repugnantes, pues es mucho mejor



negocio vivir honradamente. Pero los trapaceros vulgares, aquellos que no tienen por donde cogerlos, y se mantienen engañando y mintiendo, esos acaban siempre desastradamente, sin que nadie quiera con ellos ni ir al cielo.

VIII

La degeneración no ha seguido en las ciudades marcha tan paulatina como en los campos, sobre todo en lo psicológico. Los descensos son á saltos. La gimnasia mental continua de la vida urbana mantiene el cerebro de manera que es lo último que sucumbe en la ruina del organismo. El cuerpo se va extenuando de generación en generación y todavía próximo á inutilizarse derrama en él la inteligencia sus postreros fulgores como los de la lámpara al quemar las últimas gotas de aceite. La catástrofe sobreviene de sorpresa. Súbitamente aparecen los desórdenes nerviosos, y los hijos de hombres de buen juicio, últimos retoños sanos de una raza debilitada, nacen neuróticos, afligidos de extrañas manías, con propensión tenaz á la locura, que se desarrolla en el tránsito difícil de la puerilidad á la adolescencia, ó en cuanto violentas emociones conmueven su ánimo. Se podría citar ya familias enteras cuyos miembros adolecen de trastornos mentales; y



otras con el sistema nervioso tan quebrantado que carecen de muchas de las condiciones necesarias para alcanzar ó mantener el bienestar, perdidas ya la iniciativa y la constancia, y tupida la comprensión de manera que no les permite el entendimiento completo y el dominio de los asuntos que les interesan.

En cuanto á la talla, casi todos han perdido la máxima y la mayoría no llega á la mediana. En el hombre blanco podría excusarse aduciendo desventajas de clima, aunque por sí solas no bastarían á hacerle perder tantas pulgadas de estatura; pero el negro y los mezizos de ambos, con sangre de los trópicos, habituado á los calores estivales de esta zona, se han empequeñecido también y demuestran palpablemente que las malas condiciones higiénicas en que vivimos, y no las climatéricas, son las que están echando á perder nuestra raza tan bien entroncada, de suyo tan resistente que todavía vive, todavía subsiste en medio de los descuidos y de los desórdenes que deberían haberla aniquilado completamente, como sucedió con la indígena, como está sucediendo actualmente con la del Hawaii que en pocas décadas se diezmó tanto que ha caído de hecho y de derecho bajo el dominio de los inmigrantes de origen sajón; y sigue disminuyéndose tan aprisa que no pasarán muchos años sin



que éstos queden solos en las islas de la reciente República.

Nótese bien el número de nacimientos raros, si no fenomenales que están ocurriendo en las ciudades. Son signos, avisos de una naturaleza empobrecida que pide con doliente elocuencia que le restauren el vigor de antes, que la abonen como á las tierras cansadas que dieron á la vegetación sus elementos fertilizadores en un cultivo desconsiderado.

La proporción en que aumenta la tísis es otra campanada que debería alarmarnos. No hay quien no haya oído decir á los ancianos que esa enfermedad era casi desconocida en sus tiempos. Sobraban dedos de una mano para contar sus víctimas, y se le tenía el horror de los males misteriosos y desconocidos. Hoy, es la enfermedad á que mayor tributo fúnebre pagamos, y da más muertes prematuras á la tumba que ninguna otra de las que nos atacan. Es verdad que es contagiosa y que nadie está completamente inmune contra ella; pero por lo general las constituciones robustas son más refractarias que las otras á la invasión de sus gérmenes, de tal manera que muchos sabios han considerado la tísis como uno de los medios de eliminación de que se vale la naturaleza en las razas degeneradas para ayudarlas á salvarse de la perduración de su debilidad.



IX

Toda curación es un cambio de frente, y los hombres no redimen sus faltas sino desandando lo que han avanzado en el camino del error. El ayuno ha sido nuestra culpa. Siguiéndolo nos apartamos de la vía del progreso, y no podemos volver á ella sino adoptando otra higiene en que figure como principal capítulo una alimentación abundante, sana, nutritiva, consumida á intervalos regulares, cuando ménos tres veces al día. Sin esa condición no hay posibilidad de regenerarnos, de volver al punto de partida, ó de desviación, y ser de nuevo tan fuertes y susceptibles de educarnos como en el momento en que nuestros progenitores de ambas ramas desembarcaron en América. La raza es buena, tenaz y conserva todavía en embrión las excelentes condiciones que extingue durante el crecimiento la mala alimentación. Obsérvese con cuidado á nuestros niños. Tienen inteligencia sutilísima; son vivaces, fuertes, ágiles. Pero á medida que van desarrollándose en un medio desfavorable por la escasez de nutrición, esas bellas cualidades se atenúan ó se borran en vez de aquilatarse, y sucede muchas veces que quien era un lince á los ocho años, á los veinte es casi un topo. ;Qué espirituales, qué hermosas, qué fuertes serán las generaciones futuras si se las



ería de hoy en adelante con educación griega, dotándolas de cuerpo vigoroso y bello, para que el alma tenga instrumento hábil con qué manifestarse en todas formas! La máxima de Juvenal será eternamente verdadera porque expresa la simetría del espíritu y del cuerpo, del bello ideal naciendo de la materia hermosa como surgía Venus triunfadora, coronada de alba espuma, de la azul linfa de los mares. *Mens sana in corpore sano* define exactamente la admirable educación helénica que perdura á través de los siglos como testimonio monumental en favor del gimnasio y de la buena alimentación, que formaron esos preciosos tipos del género humano, irreprochables en la estética de sus cuerpos esbeltos y graciosos; inimitables en el espíritu, creadores de la civilización más homogénea y poderosa que ha florecido sobre la tierra. Homero, Sócrates, Esquilo, Praxiteles, Fidias, Milcíades, Aristides, grandiosos inmortales del arte, la ciencia, el gobierno y la guerra, son como la cumbre intelectual de ese perfecto sistema que prepara campo selecto al espíritu y al ideal de las razas.

La civilización verdadera, homogénea, que como la pirámide es igual por todos sus costados y reúne las innúmeras líneas de su amplia base en un sólo vértice, no cunde sino en los pueblos bastante fuertes para responder



sin fatigarse, sin que se les enferme el cerebro, al esfuerzo intelectual constante que su conservación y su adelantamiento exigen. ¿No se ha visto con frecuencia que individuos salidos de generaciones débiles é ignorantes por muchos años, si se dedican con ardor al estudio se vuelven medios locos y caen en las más peregrinas chifladuras? Es como si se guardasen granos de oro en vaso de cristal delgadísimo. El recipiente no podría resistir el peso del contenido y cedería á su propia fragilidad quebrándose inmediatamente. Para ser capaces de la alta civilización, para que ella no sea privilegio de unos pocos, desperdigados en la masa del pueblo, sin contacto y casi sin influencia, es preciso que nos hagamos primero aptos para ella, fortaleciendo nuestros organismos con buena alimentación y vulgarizando la gimnasia, principalmente en las ciudades, más necesitadas de ella que los campos, donde la suple el rudo ejercicio de las labores rústicas.

La naturaleza nos ofrece tantos ejemplos de la eficacia de la buena alimentación, de la potente poesía encerrada en la higiene, que parece increíble que el hombre sea suicida inconsciente descuidándola. La abeja, con sólo variar el alimento, hace nacer del mismo huevecillo de que nace la obrera, la reina procreadora, mucho mayor que las otras abejas encargada de poblar ella sola las celdas de la



colmena. La lechosa que llaman macho, cambia sus racimos de flores estériles por flores fecundas, en cuanto completan su nutrición enterrándole en el tronco clavos oxidados. Los cuadrúpedos, sometidos físicamente á la misma ley que nosotros, degeneran ó se regeneran en la proporción en que se les suministre la comida. Tácito en sus *Costumbres de los germanos* habla de las vacas de éstos como de infelices animalillos, pequeños y poco productores. La industria de sus dueños las ha modificado tanto que hoy son las más y más lecheras de la tierra. En cambio las nuestras, que al principio eran buenas, recibieron el tratamiento contrario y han llegado á ser de las más pequeñas y de más exigua producción que se conocen.

El hombre será siempre lo que quiera ser. Al alcance de sus manos y de su inteligencia están todos los medios de progreso y de atraso, y sólo necesita de voluntad clara y firme para imprimirse y conservar el rumbo que más le conviene. El nuestro es fácil, desembarazado y súbitamente podemos entrar en él de lleno.

X

La costumbre hace más leyes que las leyes costumbres. Para modificar la población,



especialmente la campesina, es preciso ponerle de manifiesto otra clase de vida mejor que la que lleva, darle lecciones objetivas de una existencia superior, salpicando entre ella modelos que le sirvan de enseñanza y de punto de comparación entre su miseria presente y el porvenir á que puede llegar si pone de su parte el esfuerzo necesario. El hombre sólo aprende bien por imitación, copiando lo que vió y modificándolo un tanto al asimilárselo á través de su temperamento. Después de saberse de memoria un niño el mejor Manual de Urbanidad quedará tan palurdo como antes si en su casa se come con cuchara en la cocina y se viste y se vive á la diablo; mientras que si su familia tiene el hogar bien montado, y hábitos decentes, el chico se portará con soltura y desembarazo aunque jamás haya leído un precepto de cultura. Es que las costumbres se aprenden por los ojos antes que por cualquier otro sentido, como si la previsora naturaleza calculara que no todos han de tener maestro y deben educarse á sí mismos, sin quererlo nadie, sin esfuerzo alguno, con sólo los espectáculos que á todas horas se les ponen por delante.

La propaganda de los Poderes y de las personas cultas, para quienes escribimos estos artículos á fin de llamar su atención hácia las causas del enervamiento decadente en qué va-



mos cayendo, debe ser constante y activa; pero resultaría de corta eficacia si se limitara á ser oral, y no se corroborase con ejemplos tan perseverantes de lo predicado, que al fin se impusieran á la masa de la población y la emularan, despertando aspiraciones, creando de nuevo las necesidades que ha abandonado para entregarse libre de inquietudes á la holganza. Por otra parte, convendría no fiarse de leyes que atacasen directamente el mal en su estado presente, sino de las que le fuesen socavando los motivos.

A ese propósito sería muy útil la creación de una escuela de agronomía práctica en cada provincia, escogiendo los alumnos de manera que toda Sección quedase bien representada. En la escuela se enseñaría, ante todo, á vivir: á comer con regularidad todos los días, á asearse, á vestirse, á andar calzado, á habitar en casas limpias y abrigadas, de manera que todo ello se le vuelva hábito al alumno y cuando regrese al seno de su familia sea propagandista, en ella y en el vecindario, de la nueva vida. Los cursos deben ser cortos, de dos ó tres años á lo sumo, porque conviene que alterne el mayor número posible de internos, y no es necesario que esos jovencitos aprendan ciencia, sino las conclusiones prácticas á que ella ha llegado, la parte lucrativa del saber, que en poco tiempo les



produzca con qué atender á las necesidades de la vida civilizada que adoptaran. Con más conocimientos, tal vez llegarían á encontrar estrecho el horizonte en que han de encerrarse, aspirando á cosas que están lejos de su esfera. Porque se les educa para simples agricultores, para que sean ejemplo vivo diseminado entre los suyos, y encuentren empleo desde que salgan de la escuela; mientras que si se les da una educación demasiado técnica, no les indemnizaría del tiempo invertido en adquirirla y tendríamos una partida de ingenieros agrónomos, ó poco ménos, sin ocupación ó dedicadas á labores para las cuales basta ser buen agricultor.

Por la misma razón la escuela debe estar retirada de la ciudad, en medio del campo que deben amar los alumnos, en el seno de esa naturaleza cuyos misterios útiles les van á ser revelados. Ni siquiera deben tener relación muy frecuente con la población urbana. Es muy difícil y peligroso el trasplante de una clase á otra. Serían desgraciados si llegaran á perder la ingenua pureza de su amor al campo. Sentirían despego por la condición que les corresponde y volviéndose demasiado cultos para el monte, quizá nunca llegarían á serlo bastante los amaneramientos de la ciudad, donde languidecerían como planta exótica mal atendida, malográndose el doble



propósito trascendental que inspiraría la fundación de escuelas semejantes.

Ellas no serían una carga para el Estado, porque hecho el primer gasto de instalación, dotadas de suficientes tierras laborables, su producto cubriría desahogadamente los gastos de entretenimiento y aún daría para abrir concursos y exposiciones agrícolas y conceder premios á los mejores frutos y á las mayores plantaciones. Ochenta ó cien jovencitos trabajando en cada una de esas escuelas con los instrumentos necesarios, arando, abonando, atendiendo á todas las prescripciones de la ciencia, tendrían que producir más que mil campesinos rutinarios, que laboran á ratos, sin más herramienta que el machete, ni otra preparación del suelo que agujerearlo y echarle las simientes.

Después de los tres primeros, todos los años saldrían de cada escuela cien jóvenes con una educación agronómica práctica, armados para agotar la producción de la tierra, apóstoles y maestros convencidos de la agricultura científica, que radiarían en torno suyo, en la respectiva Sección, los lucrativos conocimientos adquiridos, y enseñarían además costumbres civilizadas y preceptos higiénicos con sólo cumplirlos á la vista de sus vecinos. A la vuelta de algunos años la faz de los campos cambiaría, y produciendo cada hombre muchí-



sino más que hoy, consumiría en la misma proporción, multiplicando la riqueza nacional, los recursos á que echar mano la patria en un conflicto de su nacionalidad, independientemente del aumento de la población.

XI

La República necesita una reforma escolar simultánea con la de la higiene y las costumbres. La educación no es cosa absoluta, sino relativa, y cada pueblo debe recibir la que corresponda á su estado presente y al porvenir que le presagien las circunstancias. Un estudio profundo del destino probable de la patria debe preceder al plan á que se subordinen rigurosamente nuestra enseñanza, de manera que sea marcadamente nacional y cree un carácter dominicano, con fisonomía bien delineada, que enderece á un fin común el ideal de todos y no haya esfuerzo perdido, ni la incoherencia malgaste y entretreque fuerzas que deben obrar concertadamente en una misma dirección.

Es preciso ponerle un resorte, un alma á la instrucción pública; que no se reduzca á puras abstracciones científicas, á cuentas aisladas de un rosario, sino que tenga el hilo que átraviese y una á todas: que sea un conjunto de conclusiones prácticas aplicables á nuestra vida



actual. Ordinariamente se enseña al alumno á leer, á escribir, á contar, y se agrega á esto algunas otras nociones de las ciencias más conocidas. ¿Queda acaso, con tan poco, armado para luchar ventajosamente en el mundo, para cumplir consigo mismo y con los deberes nacionales á que nace obligado todo dominicano? ¿Basta eso para imprimir rumbo á un entendimiento, para contribuir cabalmente á la formación de un carácter útil? ¿En eso, tan sólo, se han de invertir los dos ó tres años que, á lo sumo, puede concurrir á la escuela el hijo de la gente pobre? Dirán que no se enseña mucho más á un jornalero alemán, ni adquiere más ciencia la prole del obrero yankee. Pero ellos están en caso diferente. Antes de pisar por primera vez los umbrales de la escuela están medio educados; han visto muchas cosas buenas, han adquirido multitud de ideas provechosas, han nacido y crecen en un medio saturado de la civilización de muchos siglos, á cuyo influjo no podrían sustraerse aunque quisieran. Los nuestros no. Nutridos de preocupaciones, imprregnados de ideas falsas desde que empiezan á comprender el discurso de sus padres, la obra educacional que se verifique en ellos debe comenzar por desasimilarles todos los errores y vetusteces que son como una lisiadura para su entendimiento, y anulan la labor del maestro. Po-



dría compararse la educación de hoy á un campo cubierto de malezas, al cual se arroja la buena semilla. No crecería, aunque germinase, ahogada por la sombra de la vegetación que preexistía. De esos casos hemos visto muchos. El flujo y reflujo del tiempo ha separado á largos intervalos á los que concurrimos juntos á la escuela, para volvernos á reunir de cuando en cuando. Algunos, colocados en circunstancias favorables, han logrado conservar la enseñanza adquirida y aún acrecentarla; pero los más han sucumbido á la fatalidad del medio ambiente y poco á poco se les han borrado hasta los vestigios de esa educación realizada con empeños laudables, más por desgracia mal dirigidos, insuficiente para vencer las influencias que habrían de tender á aniquilarla; para resistir victoriosamente la tremenda presión del conjunto de preocupaciones malsanas que nos rodean.

Ese cuerpo de error y de ignorancia debe ser estudiado, conocido bien para que se atribuya como misión principal de la escuela el extirparlo de la razón del niño, sustituyéndolo por ideas fecundas, por gérmenes y conocimientos que hagan de él un productor civilizado en la edad viril. No le sirve de gran cosa la enseñanza escolar al niño que aprende en las conversaciones de su casa á creer en hechicerías; á tener por artículo de fé que estaba es-



crito lo que había de sucederle; á considerar el dinero como única riqueza, que se atesora enterrándolo, y se adquiere en la lotería; á juzgar á todo inmigrante como un usurpador que viene á arrebatarse sus medios de subsistencia; á tener por castigo el impuesto con que se atiende á las necesidades y al decoro de la nación; á ver en el trabajo una penalidad implacable, en vez del proveedor inextinguible de todos nuestros placeres; á pensar que cuando se rinde á la patria el servicio que todos le debemos queda obligada á mantenernos en la ociosidad la vida entera. Esos prejuicios, que sin escoger apuntamos, prevalecen al fin, esterilizan la educación escolar y estorban la marcha del joven cuando comienza á combatir por la existencia.

Peor sucede con las ciencias políticas y económicas. Apenas se da noción de ellas á los alumnos, y cuando se hace es tomándolas de preceptistas que han escrito para los estados de civilización más perfectos que existen al presente. Se les da á conocer principios y reglas de un mundo moral que no es el nuestro, y cuando llegan á la práctica descubren dolorosa y lentamente que estaban engañados; que les vendieron por realidad lo que sólo es el ideal perfectible con que quieren sustituir los pensadores generosos la dureza de lo positivo actual; que ninguna sociedad puede cons-



tituirse sino en la forma que resulte del estado de cultura de sus miembros; y que no hay poder humano capaz de hacer efectivos en un pueblo atrasado los principios de la democracia verdadera, porque el bienestar que de ellos deriva no se alcanza sino mereciéndolo á fuerza de saber y de virtudes. Conocemos personas que después de la adolescencia sólo han estudiado para desaprender lo que en esa edad les enseñaron, y reponerlo por la instrucción práctica que ofrece el mundo, en la cual es principio que no debe olvidarse el de que todo es recíproco, y que cada cosa no engendra sino semejantes suyos, levemente modificados. La marcha progresiva del país tiene que resentirse de esa flaqueza de la instrucción que no forma ciudadanos dominicanos, aptos para mejorar la condición de la patria, conociendo los defectos que la afligen y el medio hábil de corregirlos, sino que piensan como un bárbaro ó como ejemplar refinadísimo de civilizaciones mucho más avanzadas que el momento histórico en que estamos nosotros; desprovistos del tacto necesario para conocer con exactitud nuestro estado y aplicarle lo que aconseja la ciencia para ese especial caso.

Ordinariamente se les cultiva la razón en un orden y el sentimiento en otro, ambos en pugna, y así se les oye condenar el egoísmo natural del hombre y amar apasionadamente



la libertad, como si uno y otro no fuesen la misma esencia, como si todo el mecanismo de aquélla no estribase en el amor á sí mismo de cada individuo, en la suma de derechos que raserva para su uso exclusivo, á fin de propender al bienestar. "El oro vil," se les oye exclamar todos los días; y hacen el elogio del trabajo, olvidando que el primero es la equivalencia del segundo, que representa actividad, inteligencia ahorradas, aunque de luego en luego vaya á parar á malas manos; y que es deber individual y deber nacional del hombre hacer por adquirir legítimamente el mayor caudal posible. Viven en un conflicto eterno entre su natura, ambición y los falsos y ruinosos sentimientos que les han han inspirado.

Convendría moderar el sentimentalismo que tantos daños nos causa, que ha aconsejado tantos empecinamientos funestos para la patria. Una suave tintura de él ennoblece al individuo, le predispone á las grandes empresas, y le infunde valor para levantar con audacia el velo de lo desconocido; pero cuando predomina sobre la razón, y hace de la simpatía y antipatía únicas normas de la conducta, casi suprime la conciencia, y reduce al individuo á condición inferior á la de los irracionales, pues cuando no obramos en razón no tenemos, como ellos, el instinto que nos guíe. Es



deber del hombre vivir prevenido contra el sentimentalismo, porque le induce á perjudicarse y perjudicar intereses á cuyo auge está obligado á propender siempre. ¿No es criminal quien lleva amores ú odios á la política, cuando la conveniencia nacional le exige que lleve siempre cálculo, que sólo obre en provecho de intereses materiales ó morales del país, porque el fruto de su pasión, de su rencor ó de su cariño, incorporado á los asuntos públicos es letal para éstos y puede acarrear daños que no sería poderoso á remediar luego? Y, sin embargo, la gran mayoría de los que intervienen en las cuestiones políticas de la República no procede de otra suerte, é interrogada acerca de su participación no podría explicarla sino por el afecto ó la repulsión que personalmente le inspiran los corifeos de partidos, cuando no por la esperanza de honores y lucros que no alcanzan para todos, ni son accesibles sino á las facultades de que ellos carecen.

En la instrucción primaria debe incluirse un curso que resuma la práctica de la vida, que enseñe cómo se prospera, cómo se ponen en acción y se aprovechan las ciencias en que se inicia al alumno; que sirva de ilación á sus conocimientos y sea como un Manual del oficio de vivir. Si á uno le entregaran todas las herramientas de carpintería y le dijeren: "Sé carpintero!" ¿podría incontinenti fabricar



una casa? Pues las ciencias, para el hombre, no son sino los instrumentos de la tarea de vivir, y no sabría aplicarlos sino después de penosa experiencia, á ménos que le enseñen con anticipación á manejarlos. Que sepa que viene al mundo á tratar con lealtad de ser feliz en él, de prosperar personalmente, y de acrecer esta patria, que le garantiza su haber individual en la medida en que sus ciudadanos la hagan fuerte respecto á los otros pueblos y á las turbulencias intestinas.

La instrucción pública tiene que dejar de ser descolorida, extranjera, para que, con la higiene en la alimentación y en los ejercicios corporales, sea cofactor de la regeneración de nuestra raza y ayude á darnos agradable fisonomía propia, á vigorizar la mente, á hacerla creadora de toda suerte de riqueza, así que se robustezcan materialmente nuestros cuerpos.

XII

El utilitarismo que preside los sucesos del orbe no permite que se cree ó se conserve una nacionalidad sin que al nacer se encargue de una misión provechosa, de un destino trascendente que debe cumplir con toda cabalidad. Ningún pueblo tiene derecho á apoderarse de un pedazo de la tierra y esterilizarlo para la civilización, para el progreso, para lo



fuerte, lo bello y lo bueno. Por sobre los derechos efímeros del presente está el supremo de los fines ulteriores de la humanidad, que debe imponerse á todo trance, El desarrollo de la vida en sus formas más excelsas, en las manifestaciones grandiosas de la intelectualidad, no puede comprimirse, y si no cabe en el molde que ha escogido un pueblo, éste desaparece, aniquilado por las consecuencias de sus propios errores. La ola del progreso, violenta contra lo que pretenda amurallarse á su frente, pasa sobre él, deshace las fronteras, y borra las divisiones políticas que no llenaron los requerimientos de su creación.

Las naciones no están eximidas de esa inexorable ley de la naturaleza, que no tolera nada inútil, cumpliéndose hasta en los seres orgánicos la fatal sentencia que condena á invalidez ó á muerte todo lo que no sirve, como represalia de la creación contra quienes son reos del delito de no concurrir á la obra común del eterno progreso. A los hombres sedentarios se les debilitan las piernas y los brazos, y en poco tiempo llegan á ser incapaces de la más leve fatiga corporal. A los animales domésticos se les atrofian los órganos que la cautividad deja ociosos, de tal manera que la cotorra, ave de las más voladoras, se les extingue la facultad de usar las alas, apenas vive algunos meses enjaulada. Toda raza que de-



genera pierde la independencia, de hecho ó de derecho, y cae en poder de otra más vigorosa.

El Asia entera, poblada por hombres que han entrado en la decadencia física é intelectual, yace, enervada, bajo el dominio de la Europa. En Africa no queda un territorio que no sea colonia ó zona de influencia de algún Poder extraño. En la Oceanía sucede lo mismo. En la América latina, donde el apocamiento y la ignorancia tienen las proporciones que en esos países, se ha conservado la independencia política; pero sufrimos directamente la económica y comercial de los países productores, que siempre modifica é inclina á su favor las decisiones políticas. Es una independencia convencional, estreñida, á que no puede resignarse un pueblo digno é inteligente. Y no nos hagamos ilusiones. Esa ley no es un accidente de estos siglos, sino una norma constante, desde que el hombre apareció en la Tierra. El mundo ha sido siempre del más fuerte, intelectual y materialmente, porque conviene á los intereses y al destino de la humanidad que no impongan su molde los de entendimiento y físico raquícos. Asirio, faraónico, griego, romano, ibérico, inglés, el mundo ha cambiado sucesivamente de dueños, pero siempre ha confiado el cetro á la raza más fuerte, al tipo que reuniese en esa ho-



ra de la historia las condiciones étnicas más recomendables. Digan lo que quieran los enclenques, jamás será de ellos la soberanía, jamás contagiarán tranquilamente el más apartado rincón de la tierra, de su miseria y de sus deficiencias. Hasta los confines del Polo irán los hombres fuertes á sacudirlos de su inercia, á imponerles el vigor y la civilización que neciamente perdieron ó dejaron de adquirir.

Grecia americana, enclavada como la europea en el Mediterráneo del Nuevo Mundo; en el centro de la civilización moderna, como aquella en el de los pueblos antiguos, el archipiélago antillano, está destinado á acciones útiles, á figurar de manera preponderante en el desarrollo de la América. La raza que lo ocupa vive en la disyuntiva de hacerse capaz de cumplir esos fines ó ser suplantada por otra que esté á la altura de las necesidades que ha de llenar la humanidad en esta zona. Las nacionalidades que han advenido en él, como providencialmente, son núcleos en torno de los cuales debe condensarse la gran nacionalidad del porvenir: centros precursores de la colectividad que se agrandará por accesiones sucesivas, enriquecida con una civilización mixta de lo bueno de todas las civilizaciones diferentes establecidas en este territorio. Si sirven á su destino manifiesto, perdurarán. Si no, co-



nocerán pronto á sus herederos, porque el interés supremo de la humanidad no tarda en rectificar los errores que comete.

En otro orden internacional, más reducido, pero más directo, el interés patrio exige con urgencia la regeneración de nuestra raza, su reconstrucción física, su retrotramiento al vigor antiguo, para que sea capaz de intelectualismo elevado, y compense con él la desventaja de fuerzas materiales, que quizás tengan en la cuestión á que está abocada, y que según puede aplazarse para muchas décadas puede surgir imponente, inevitable, de un momento á otro. Así se preparó el Japón, ese pueblo admirable, á la eventualidad de la guerra, que la vecindad y el encuentro de intereses en territorio disputado, hacía inminente desde muchos años. Su enemigo le era diez veces superior en número, se organizó desde muchos siglos antes que él, le había antecedido en todo, y el mundo entero creyó que tan sólo la pesadumbre del coloso aplastaría el puñado de islas del imperio del Sol naciente. Sin embargo, para contrarrestar ese cúmulo de elementos adversos, bastó al Japón regenerar su raza, aumentar su intelectualidad en todos los ramos, saturarla completamente de la civilización moderna. No se limitó á organizar una escuadra poderosa y un ejército disciplinado, como concebirían inteligencias vul-



gares, exponiendo la nación á reconcentrar ahí solamente sus energías y verlas aniquiladas de golpe en una hora funesta. La mesa indígena la reemplazó en breve con las comidas occidentales; los clásicos chinos fueron excluidos de las escuelas para estudiar los autores europeos; á las preocupaciones que entorpecían al pueblo sustituyó el método analítico y experimental de la sabiduría moderna; y en todos los talleres y las Universidades de Europa y del Norte-América, se veían jóvenes pálidos, de ojos pequeños y negra cabellera, estudiando con avidez, arrancando á la industria y á la ciencia sus secretos para transplantarlos á la patria, y construir con ellos el Japón nuevo, el Japón grande, el Japón victorioso de la China, su tremendo enemigo natural. Veinte años les bastaron para esa hermosa obra de aumentar la capacidad de alimentarse cada individuo, y organizar el país de manera que junto á cada espada hay un cerebro que piensa y una bolsa repleta, que suple sobrancera-mente las exigencias de la lucha. Un fracaso, una derrota no dejan inerte al país que no limita su defensa al hierro y al fuego, sino que se ha dotado con la inagotable reserva de la cultura física é intelectual de sus habitantes, y de la riqueza ahorrada al cabo de muchos años de laboriosidad perseverante é inteligente, multiplicando la producción con la



ingeniosa maquinaria que permite á cada hombre bien civilizado fabricar infinitamente más que el sálvaje y el bárbaro que apenas tienen más instrumentos que sus dedos.

Al fijarnos en ese modelo de los tiempos presentes, debemos recordar, para inclinarnos más á hacer un supremo esfuerzo por imitarlo, que la misma armonía de vigorizamiento de la raza, cultura de su entendimiento, y acumulación de riqueza ha coincidido en todos los pueblos que han sido grandes desde los tiempos más remotos de la historia. No se puede ser fuerte preseindiendo siquiera de una de esas condiciones, que se completan una á otras; porque no hay fuerza bruta, ni fuerza pobre, como no hay virtud viciosa. Cuando decimos fuerza bruta expresamos una idea falsa. En la organización y en la conservación de la fuerza preside siempre lo más exquisito de la inteligencia. Lo que sucede es que á veces no le vemos el alma, el fin trascendental á las manifestaciones de la fuerza y le descontamos toda la intelectualidad que nos falta á nosotros para comprenderla.

Es preciso crear riqueza, que todo tienda á formarla y á aumentarla en la República. No importa que aparentemente se hagan algunos sacrificios, que la gestión del Gobierno parezca ofrecer mercedes expresivas á los capitales que se importen ó que se desarrollen en el país.



No hay precio invariable para las cosas. Se pagan según la abundancia ó la carencia de ellas, y el capital no es lo que sobra entre nosotros. ¿Quién no da crecidos intereses por el dinero que ha de salvarle de la quiebra, ó ha de permitirle emprender un negocio lucrativo? En esos casos un usurero rico vale más que todos los hombres honrados de la tierra. La estéril buena voluntad de éstos no sacará á nadie de penas, mientras la codicia del otro será valioso factor de redención. En los tiempos normales una generación no tiene derecho á comprometer el porvenir de sus herederas, gravándolo con obligaciones considerables; pero nosotros hemos recibido la patria tan arruinada, tan deshecha, que para conservarla á nuestros hijos, para que lleguen á disfrutarla algún día libre y felizmente, hemos de hipotecar la posteridad, convertir en capital de hoy, en producción contemporánea, las esperanzas que comenzarían á reeditar demasiado tarde si no las hiciésemos concurrir á la labor presente.

Para todo se tropieza con la agobiante dificultad de la falta de riqueza. La primera de todos es la intelectualidad, fuerza inicial que preside todas las obras, desde las más humildes del peón, hasta las que son pasmo de los hombres. Pero, ¿con qué se aumenta, con qué se difunde; con qué se multiplican las Escuelas, los Liceos, las Academias, las Univer-



sidades en un pueblo que no tiene aún con qué atender á su cultivo físico, que vé degenerar su organismo y aún su propia intelectualidad por falta de nutrición conveniente? Las riquezas naturales abundan en toda la isla, vivimos sobre un tesoro; pero la misma existencia inexplorada de ellas, su casi absoluta falta de valor actual, claman por la producción ó la importación de esa otra riqueza, la que representa trabajo del hombre producido y ahorrado, sin la cual es imposible dar precio á las demás. Las tierras permanecen en su mayoría sin cultivo, las industrias sin implantarse, la instrucción reducida á escasos centros, porque no se ha hecho el esfuerzo supremo por entregarnos en brazos del capital, por rodearlo de inquebrantables garantías para que venga y mejore nuestra condición ocupándonos á todos lucrativamente, elevando el nivel común del bienestar por la abundancia de trabajos que sin su poderosa cooperación no pueden emprenderse. Hoy se gana para vivir, pero ¡qué vida modesta, qué vida humilde, qué vida vegetativa, en que las privaciones son tantas que el mayor número de ellas se ignora por no sospecharlas, por no haber siquiera visto disfrutar las ventajas y las comodidades que una civilización superior pone al alcance aun de los proletarios! Desde las telas y los alimentos hasta los re-



creos del espíritu, no pagamos ni gozamos hoy sino los más inferiores entre los inferiorísimos, preparados en el extranjero vergüenza da decirlo, expresamente para nosotros, porque el pueblo no los solicita ni los costea mejores.

Es cuestión primordial la creación de riqueza. Después de creada, de multiplicada por esa fuerza de cubicación que ella tiene, buscará lo mejor, propenderá ella misma á implantar refinamientos intelectuales, á rodearse de lo más selecto, para gozar intensamente de sí misma, obteniendo lo que sólo á precio de ella se encuentra en este mundo. ¿Se hará nadie la ilusión de que un país pobre puede alcanzar civilización completa?. Los utensilios, las máquinas, los profesores, los sabios, los artistas, ¿cómo tenerlos si no puede pagarlos? Y no hay quien se civilice bien sino usando, disfrutando, palpando, viendo los múltiples productos del ingenio avanzado; familiarizándose con ellos día por día, comparando unos con otros sus imponderables beneficios; porque los libros y las lecciones, aisladamente, no dan práctica, no enseñan la mano, no crean esos hábitos que forman al hombre una segunda naturaleza. La misma paz no llega á ser indispensable, inconvencional, en un país donde la sobreabundancia de riqueza no haya creado intereses conservado-



res que se opongan inflexiblemente á toda turbulencia innecesaria que pueda perjudicarlos.

La República tiene todavía poca población para el sostenimiento de grandes empresas. Pero en estos tiempos un pueblo industrial, un pueblo resuelto á convertir la patria en activa factoría, puede contar con el consumo de los otros, con que el mundo entero es un mercado abierto á su diligente inteligencia. Estamos en el centro de América, entre una nidada de pueblos que casi nada fabrican de lo que consumen, ó que no tienen clima apropiado á los frutos de nuestra agricultura; y haciendo sacrificios, concediendo franquicias excepcionales, podemos obtener nuestra parte en esa animada y vasta feria. Será esa, la de dar exclusiva preferencia á la formación de riqueza, la mejor manera de aumentar rápidamente la población. Los brazos van donde el trabajo abunde, y según sea el número de talleres que abramos será el de inmigrantes voluntarios que desembarquen en nuestros puertos.

De ahí debe partir nuestra regeneración. La riqueza, difundíndose por los ámbitos más apartados de la República, repartiéndose hasta en esos campos en que impera hoy la peor de las miserias, esa que ni siquiera sospecha la existencia de una vida mejor, colocará al campesino en una esfera más elevada,



alzará el nivel de bienestar de la clase más numerosa, la pondrá en aptitud de adoptar un régimen higiénico, una alimentación regular y nutritiva que vigorice la raza, que le dé la corpulencia y los alientos de las gentes que viven en plena civilización. Entonces habrá agricultura propiamente dicha, y por sobre esa industria fecunda, vientre prolífico de todas, se levantarán, se fortalecerán las otras por las cuales somos, sin una necesidad invencible, tributarios de mereados extranjeros.

No vale lloriquear, dolerse tristemente como flacas mujeres de la suerte de la patria. No vale aspirar á Gobiernos-Providencias que todo lo den, sin recibir mucho; que sean buenos cuando todos, como patriotas, somos hasta ahora casi malos, y los Gobiernos no pueden ser sino reflejo de sus pueblos. Lo que vale es poner el alma y los cinco sentidos en la creación de riqueza, pensar que ella es fuerza generadora, que con ella tendremos raza vigorosa, civilización, escuelas, ejército, escuadra, buenos gobiernos, valores naturales convertidos en valores comerciales: pensar eso, y lanzarnos por todos los caminos á buscarla. Rica la Nación, bien nutridos sus pobladores, inclinados á los ejercicios atléticos que hacen la alimentación más fecunda para el organismo, desarrollada la intelectualidad por la mayor robustez de aquél, cumplirá la República bri-



llantes destinos, y sobre todo, será la mansión de un pueblo fuerte y feliz, el hogar de una raza llena del vigor físico y espiritual que hermosea la vida que incita á amarla, á gozar de sus incontables dulzuras y á sufrir con varonil energía las horas amargas que llegan aun para los más dichosos de la tierra.



ALFONSO

ERRATAS.

En la página 58, línea 11, debe leerse:
“ignorancia no tienen etc.”

El artículo suscrito por el señor Lamarque, que sirve de prólogo á esta obra fué escrito para publicarse en el periódico *La Patria* de Santiago de Cuba. Por inadvertencia del corrector cambió las palabras *La Patria* por *este folleto*.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

